

(4 PLIEGOS)

BIBLIOTECA MODERNA



NUEVA HISTORIA

DEL CÉLEBRE Y VALEROSO

PIERRES DE PROVENZA

Y SUS AMORES

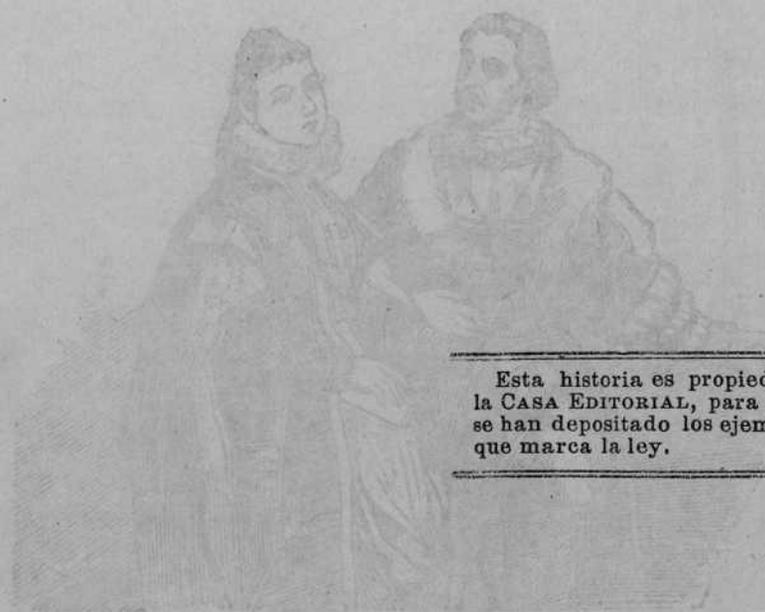
CON LA PRINCESA MAGALONA



MADRID

ANTIGUA IMPRENTA UNIVERSAL,
Calle de Cabestreros, núm. 5.

BIBLIOTECA MODERNA



Esta historia es propiedad de la CASA EDITORIAL, para lo cual se han depositado los ejemplares que marca la ley.

NUEVA HISTORIA
DEL CÉREBRE Y VAIRMOSE
PIERRES DE PROVENZA
Y SUS AMORES
CON LA PRINCESA MAGALONA



MADRID
ANTIGUA IMPRENTA UNIVERSAL
Calle de Caballeros, número 2.

NUEVA HISTORIA

DEL CÉLEBRE Y VALEROSO

PIERRES DE PROVENZA

CAPÍTULO PRIMERO



nos ha que en la ciudad de Provenza, y en uno de los pueblos de sus inmediaciones, habitaba un conde, cuya nombradía era muy grande por sus relevantes cualidades, llamado D. Juan de Santa Coloma, casado con una del mismo país, de igual linaje que el suyo, por ser hija de otro conde también, cuyo nombre es bien conocido por D. Alvaro de Luna.

De este feliz matrimonio, cuyos cuerpos nunca tuvieron más que un alma, por ser siempre una misma voluntad, un mismo pensamiento y una misma idea, sin haberse jamás contradicho uno á otro, sucedió un hijo que era el ídolo de éstos y cuya educación fué esmeradísima, acompañándole los buenos sentimientos y el noble corazón de sus queridos padres.

Tal era el cariño que su madre le mostraba, que no accedió á los deseos de su esposo en cuanto se refería á buscar ama para que le ama-

mantara, haciéndolo ella misma, á pesar de hallarse bastante enferma, tal vez á consecuencia del parto; y no nos hace dudar tal suposición, pues en los infinitos años que estuvieron unidos, no dió á luz más hijos.

Ya en la edad propia para el estudio, ingresó en uno de los colegios de más importancia de París, dando muestras inequívocas de aplicación y desenvoltura. Enterados sus padres de los muchos adelantos y el suspicaz talento de su hijo Pierres (éste era su nombre), muy contentos y gustosos, permitieron su estancia en Francia hasta que terminara la carrera de jurisconsulto, que era la que á él más le gustaba y al mismo tiempo convenía por su mucha disposición.

Con la mayor ternura se aumentaba el cariño de sus padres, enterados del gran aprecio que disfrutaba de todos sus compañeros y personas que le conocían. Sin dejar un correo por medio, recibían unos y otros la correspondencia. Sirviendo de júbilo á los padres de Pierres las notas que en todos los exámenes sacaba, hasta que por fin terminó la carrera de abogado.

Sabedor el conde de que ya tenía lo que deseaba y no queriendo estuviera ausente de su lado, le mandó que lo más pronto posible regresara á su morada, donde con la mayor impaciencia le esperaban.

No se hizo esperar, y con gran celeridad emprendió el viaje que sus padres le pedían por no serle de imperiosa necesidad evitar.

A su presentación en el pueblo, la alegría de los autores de sus días fué inaudita, no solo por verle hecho un letrado, sino un esforzado caballero á quien nada le aterraba ni por nada paraba en mientes.

Los amigos y compañeros de Pierres que sabían gozaba tal fama, dispusieron un torneo con el fin de desengañarse lo mejor posible, pues por todas partes se había sembrado el terror para los que peleaban.

Poco tiempo tardaron en salir de la duda, pues al ser avisado éste que todo estaba dispuesto, se puso en marcha al combate sin pedir ninguna explicación ni hacer más que cumplir como lo que era.

Para convencerse de las grandes proezas que hizo en el uso de las armas, no hemos de decir más, sino que ganó todos los premios y el aplauso de los jueces y caballeros que habían venido de varios puntos con la idea de verle y apreciar ó desacreditar su conducta, por los muchos elogios que de él se hacían.

Inteligentes todos los que presenciaban la lucha, no pudieron menos de dar crédito á su bizarría, inteligencia y destreza en el manejo de las armas y á caballo.

Uno de los espectadores del torneo, que de expreso emprendió el viaje para conocer las hazañas de Pierres, le notificó á éste que muy en breve se llevarían á efecto unas justas en Suecia y en las que se hallaría la princesa Magalona, hija del rey de aquel país, cuya preciosa dama era el encanto de varios príncipes y de infinidad de esforzados caballeros.

Grandes eran los deseos que inculcó el caballero en la mente del joven Pierres, y otros tantos eran los que éste tenía por conocer á la bella y encantadora princesa que tantos elogios hacían de ella por su afabilidad de carácter y sus buenas cualidades.

Al escuchar la súplica que el desconocido caballero le hacía, contestó con ademanes cariñosos:

—Agradezco mucho la oferta que me hacéis y os doy palabra de complaceros. No puedo asegurar que mi padre me dé licencia para ello; pero si después de presentarme en ruego á pedirle su venia, ésta no fuera concedida, de cualquier suerte contar conmigo, aunque sea en clase de aventurero.

—Eso no, querido joven—contestó el caballero,—nunca os aconsejaré hagáis lo que pensáis, teniendo en cuenta vuestra hidalguía. Dê suma alegría fuera para mí el que pudiérais obtener la licencia de vuestro padre, para que entonces fuérais al descubierto y no como me habéis dicho. Convencido como estoy de que vuestra sangre hierve al hablar de lancés con armas, no me cabe la menor duda que no faltáis, pero sería de mi agrado que fuera con el permiso de vuestro padre.

—Procuraré todo lo posible por hacerlo en la forma que me lo habéis pedido, y de no ser así, contar con mi presencia de la manera que pueda hacerlo.

Con esto se despidieron ambos.

Llegado el tiempo en que debía efectuarse el torneo, empezó Pierres á pensar el medio de comunicárselo á su padre y que éste no le negara lo que con tanto empeño iba á solicitar.

Por fin se decidió á ello un día que juntos paseaban por el jardín en la mayor armonía y regocijo. Distintas veces hizo intención de comenzar su narración, pero otras tantas se contrajo en la seguridad de su negativa, hasta que pasando por encima de todos los obstáculos, de repente se arrodilló á los piés de su anciano padre, y con la mayor humildad, propia de su esmerada educación, le dice:

—Padre mío, sé que no ha de agradaros lo que voy á pedir os en este momento; pero si en algo estimáis mi honra, mi honor y mi vida, os

ruego encarecidamente me lo concedáis, pues me veré en el caso, de no ser así, perder hasta la razón.

—Levántate, hijo mío, y dime cuanto quieras para concedértelo.

—Gracias, padre, gracias—contestó Pierres.—Es el caso que tengo empeñada mi palabra para asistir á unas justas que se han de celebrar en Suecia, y como ya en aquel país tienen noticia de mí, me han invitado para dicho acto, y al cual he ofrecido mi asistencia, siempre contando con vuestro permiso, que espero no me neguéis.

Lo mismo que si un fuerte golpe hubiera recibido el conde en la cabeza, así quedó de trastornado, y sin poder contestar una palabra al oír la súplica de su hijo, y después de algunos segundos, le contestó:

—Querido hijo, tal vez podría creer que soñaba lo que me acabas de decir; pero convencido de la realidad, debo manifestarte que ni tu madre ni yo consentiremos en tu separación de nuestro lado, no sólo para lo que me dices, sino para otras cosas mayores. Mas al oír que se atañe á tu honra, por haber empeñado tu palabra, no deseo que ahora ni nunca sufras desdoro en tu individuo; pero si bien te doy el permiso que me pides, es mi deber, como padre, hacerte algunas observaciones que quiero escuches con atención. No es preciso decirte que no tenemos más hijo que tú, porque demasiado lo sabes, y por esa razón debes comprender que al sucederte una desgracia, será la muerte de tus padres.

Además, quiero que te acompañes siempre con personas de probada honradez, aunque sean pobres, que conserves la santa fe católica, te portes en todas las operaciones como buen cristiano; me escribas diariamente todo lo que te ocurra, y no te detengas más que el tiempo preciso para cumplir tu palabra. Haciéndolo así, todo te saldrá bien y nos dejarás contentos, aunque con el desconsuelo de tu ausencia. Todo esto, tomado como un consejo de amigo y como un mandato de tu padre. Si como espero, cumples todo lo que te exijo, cuando quieras, puedes disponer de los criados que necesites, dinero y alhajas, para que te acompañen, y todo lo que precises para el caso.

—Padre,—dijo Pierres sollozando y besando la mano del anciano,—me habéis conmovido con vuestro consejo y os prometo cumplir tal y conforme me lo ordenáis, no sólo observando la intachable conducta que siempre, sino dejando á una colosal altura vuestro nombre. No me cansaré de daros gracias por este beneficio que me reportáis, suplicándoos lo digáis á mi querida madre de la manera que vos sabéis hacerlo, para evitarla el disgusto consiguiente.

Dicho esto, se retiró con las lágrimas corriendo por sus mejillas á un lado del jardín, esperando el segundo golpe que sería más funesto al tener noticia de ello su madre.

Meditabundo y cavizbajo, se dirigió al gabinete de costura, donde se encontraba la condesa, y con la sonrisa en los labios, la tocó en el hombro izquierdo, diciéndola:

—¡Consolación! Te preparo una sorpresa que ha de agradarte mucho.

—Buena debe ser cuando estás tan contento—contestó ésta.

—Ya lo créo que es buena,—volvió á decir su esposo restregándose las manos—aunque por el pronto te ha de causar alguna sensación.

—Vamos, Juan, no me tengas impaciente, dime lo que sea, pronto, para salir de la incertidumbre en que me has puesto.

—Pues que nuestro hijo se ausenta por algunos días de nuestro lado.

—¡Jesús, María y José! qué estás diciendo, hombre de Dios; de ningún modo lo consiento.

—¿Ves cómo te decía que al pronto te causaría sensación la noticia? Pues ya lo has experimentado.

—Vamos, Juan, no seas necio, y dime lo que hay sobre el particular y las causas que lo motivan.

Como el conde gozaba de perspicaz talento, quiso probar á su esposa antes de decirle la verdad, sabedor de que no consentiría en ello y el desenlace por parte de su hijo sería funesto, á juzgar de la manera que lo solicitaba.

—No te alteres, mujercita mía; ya sabes que no hago las cosas maquinalmente ni sin consultarlo contigo; pero como sé que es para un asunto que nos honra á todos y no veo en ello consecuencias desagradables, no he puesto óbice para concederle la licencia que me ha pedido nuestro hijo. Ya sabes que en el torneo que no ha mucho tiempo se verificó, ganó nuestro hijo todos los premios que se dieron; pues bien, uno de los circunstantes se aproximó á Pierres y le suplicó que fuera á Suecia, donde se llevaban á efecto unas justas, y deseaba que fuera él como juez á presenciarlas, en vista de la inteligencia que había demostrado para dicho acto. Comprendiendo nuestro querido hijo que en ello no había dificultad, puesto que no se había de batir, y con el deseo de agradar al peticionario, empeñó su palabra contando con nosotros.

—Siendo así como dices, le concedo mi permiso con las mismas condiciones que tú le has puesto. Sin que por ello quede algún tanto disgustada; quiero yo misma hablarle.

—Voy á llamarle para que te se presente—dijo el conde, saliendo al jardín donde Pierres esperaba.

—¿De qué manera os habéis valido para conseguir mi objeto?

—Diciendo á tu madre que ibas á presenciar las justas como juez, pero ocultando que te vas á batir; de suerte que esto mismo has de decir para que no te niegue lo que solicitas. Si ella se entera de lo que es la verdad, Dios nos asista.

—Descuidad, padre mío, que aseguraré lo que habéis dicho.

—Anda, preséntate á tu madre, que no sé lo que querrá decirte, pues me manda que te llame.

—Madre mía, ¿qué tenéis que mandarme?—prorrumpió el joven al presentarse á la condesa.

—Ya he sabido por tu padre lo que piensas hacer; te doy mi permiso para que vayas, pero teniendo en cuenta lo que tu padre te ha exigido. Toma estos tres anillos que has de conservar como recuerdo, y no dejes de escribir tan pronto como llegues lo que te ocurra.

—Tranquila podéis quedar, madre mía, que cumpliré todo lo que me exigís sin omitir el más mínimo detalle.

Después de tener esta conferencia, se retiró para preparar todo lo necesario y dar principio á su jornada. Una vez dispuestos los criados, armas y caballos, se proveyó de dinero y alhajas de grandísimo valor, dirigiéndose á sus padres para pedirles la bendición, y partir seguidamente. Llegado á la habitación, se presentó á estos, diciéndoles:

—Padres de mi corazón; de rodillas como estoy, os ruego me déis vuestra bendición para poder emprender el viaje.

—Yo te bendigo, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Señor sea contigo,—dijo el conde, y lo mismo la condesa, arrojando copiosas lágrimas por la despedida de su hijo, á quien tanto amaban.

Después de recibir la bendición de sus padres con todo el respeto y humildad propia á su clase, salió de su casa acompañado de sus criados, y á los pocos días se presentó en Suecia.

Lo primero que hizo fué enterarse de la princesa Magalona, sus costumbres y cualidades, quedando altamente satisfecho de todo cuanto le habían manifestado. Después se puso al corriente de quiénes eran los caballeros que se presentaban en el torneo, convenciéndose eran bizarros, y uno entre ellos favorito del rey y de su hija, conocido por James Jones, siendo el más valiente que hasta entonces se conocía en aquel punto.

CAPÍTULO II

Perfectamente enterado de todo lo que necesitaba saber, estuvo paseándose durante los ocho días que faltaban para la fiesta, en cuyo tiempo se le presentó ocasión de ver á la princesa una tarde, que en unión de su madre paseaba en una elegante carroza tirada por ocho briosos corceles. Cualquiera que en aquel momento hubiera observado al esforzado joven, creería que estaba cadáver, pues fué tal la sensación que le causó la presencia de Magalona, que no pudo ni moverse del sitio donde se encontraba ni mucho menos articular palabra alguna, á consecuencia de la impresión que le causó la gallarda y extremada hermosura de la encantadora princesa.

Pasado el primer momento de sensación, le fué de todo punto imposible reprimirse, y dió lugar á ser observado por algunos transeúntes.

Toda la tarde siguió la carroza hasta que llegó la hora de retirarse á su palacio, y donde llegó éste, aumentándose cada vez más su pasión. Triste, y pensando en su adorada, se fué á su casa, no pensando en otra cosa más que en ella, y deseando por momentos que llegara el día de las justas para volverla á ver. Tal era el delirio que tenía con la hermosa princesa, que si dormía, soñaba con ella, y si estaba despierto, siempre la tenía en su imaginación y por todas partes la veía aunque estuviera muy lejos de su presencia.

Cumplido ya el tiempo, mandó vestir diez caballos con preciosas mantas de brocado verde, indicando esperanza, que habían de ser conducidos por otros tantos palafreneros vestidos del mismo color, tomando para sí un hermoso caballo tordo, lujosamente ensillado; el traje era una preciosa coraza con morrión dorado, y en el cual llevaba por divisa dos llaves como distintivo; en cuanto á las armas nada hemos de decir, sabiendo lo inteligente que era en ellas. Dispuesto ya todo, se puso en marcha para la plaza, en la que se hallaban los padres de Magalona, ésta y algunas damas y criados de su corte en un catafalco, bajo un hermoso pabellón guarnecido de pedrería costosísima. El traje que vestía la princesa, lo mismo que las alhajas que llevaba, eran de tanta admiración como su hermosura, así es, que más que mujer, parecía un angel caído del cielo.

Próximo á este catafalco se encontraba otro, en el cual debían presentarse los jueces para clasificar la lucha; al otro lado del principal, ó

sea del rey, se veían un palenque donde se encontraban los caballeros mantenedores de la justa, y al extremo contrario á éste, los más resueltos aventureros, donde se incorporó nuestro protagonista.

Estando ya todo preparado, se dió la señal de avance, la que no pudo ver el bizarro Pierres á causa de estar completamente entusiasmado mirando á la princesa, y viendo uno de los mantenedores que se hallaba distraído, se dirigió á él con idea de darle muerte. Desgraciada fué para el caballero la tentativa, pues al apercibirse el joven de la traición, le acometió con tal furia, que le atravesó el pecho de un lanzazo, quedando instantáneamente muerto.

Deseando vengar la muerte del caballero, salió otro no menos esforzado que el primero y al que sucedió lo propio, pues una vez puesto enfrente de éste, le derribó de una cuchillada que separó la cabeza del tronco. De esta suerte fué dando muerte hasta el número de diez, que ya los jueces dieron por terminada la justa, adjudicando todos los premios al valeroso Pierres, que á la conclusión de la lucha, se encontraba tan sosegado como antes de empezar.

Todas las miradas de la princesa se dirigían al joven vencedor, y por momentos iba creciendo en su pecho el fuego del amor hacia él. No pudiendo ocultar la idea que la dominaba, se dirigió á una de las damas, diciéndola:

—Si el caballero del traje verde y las llaves doradas es tan galante pié á tierra como lo es á caballo, desde luego puede asegurarse que no hay otro mejor dentro de la justa ni fuera de ella.

Uno de los mantenedores que no se hallaba conforme en que todos los premios se los dieran al valeroso joven, se presentó al rey en súplica de que le concedieran salir á la plaza á probar la destreza y gallardía del vencedor, hasta enronces de la justa; más como quiera que el rey no podía hacer tal concesión sin antes consultar con él, por haberse ya dado fin á las justas, le llamó cariñosamente, y le dijo:

—Valeroso caballero, uno de los mantenedores de la justa me ruega le conceda el permiso para continuar la lucha en contra vuestra; pero como quiera que yo no podría mandar una cosa que mi conciencia me impide por sí solo, os llamo para que me digáis si tenéis algún reparo en que se lleve á efecto la dicha petición.

—Mucho será mi contento si V. M. lo autoriza, pues aunque ya he dado pruebas inequívocas de quien soy, sin embargo, no tengo ningún inconveniente en volver á empezar.

—Muy bien, esforzado caballero,—contestó el rey.—Desde luego podéis empezar cuando gustéis.

No hizo esperar mucho, y á la señal convenida, se cruzaron los dos caballeros sin herirse uno á otro; volvieron á embestirse con tal fuerza, que ambos rompieron las lanzas tropezando en los escudos; por tercera vez se pusieron en combate con las espadas, y Pierres, de una certera estocada, hirió á su contrario en un brazo, cayendo al suelo y derramando abundante sangre por la herida. Uno de los criados del vencido, que vió á su señor en tierra, corrió á socorrerlo, pudiendo atajarle la sangre. Tal fué la confusión que se armó en aquel momento, que unos con otros se mataban y herían sin saber á qué ni por qué. Al observar Pierres tal desorden, se internó en medio de los combatientes, con tal fortuna, que hiriendo á todos y matando á muchos, pudo librar de una muerte cierta á James Jones, que se encontraba perseguido, y por cuya acción quedó sumamente agradecido y jurándose una verdadera amistad entre ambos.

Terminada la justa, todos los caballeros y jueces dieron la más expresiva enhorabuena al joven, dándole el nombre de «Héroe de las justas» y victoreándole por toda la plaza. El rey le mandó llamar para demostrarle su agradecimiento, exclamando:

—Muchas son las justas que he presenciado, varios son los ataques que he tenido ocasión de ver durante la guerra, y hombres con agilidad y destreza manejar las armas; pero nunca he tenido la gloria de encontrar uno como vos. Si en algo creéis pueda valerlos, contad conmigo ahora y siempre.

—Gracias, señor; V. M. me honra más de lo que yo merezco.

—Nada, nada,—dijo el Rey,—podéis retiraros, y lo dicho, dicho está.

Acompañado de toda la nobleza se dirigió el vencedor á su casa, donde inmediatamente se puso á escribir á sus padres lo que pasaba, ocultando ser el héroe.

CAPITULO III

Tan grande era el entusiasmo que había creado el valiente Pierres en la persona del rey por su gallardía y serenidad, que estando una mañana en el salón de lectura, llamó á su esposa é hija, y les dijo:

—¿Sería de vuestro agrado que invitara á comer esta tarde al vencedor de la justa, en prueba de su trabajo y como premio á su valor?

—Sí, papá,—contestó primeramente Magalona.

—Lo que tú quieras—añadió la madre de ésta.

—Entonces voy á mandar un propio para que le notifiquen nuestro deseo, á lo que me parece accederá.

Sonó el timbre y se presentó un uger á quien entregó el rey una carta para Pierres, donde le invitaba. El criado salió conduciendo el billete que fué entregado al interesado en su propia mano.

A la hora que el billete le marcaba se presentó en palacio, pidiendo audiencia particular. Una vez en la presencia de la real familia, hizo todas las cortesías propias á aquellas personas, y siendo recibido con agrado de todos, le ofrecieron asiento en el sitio que él creyera más de su gusto y complacencia.

—Aquí estoy bien, no se molesten vuestras majestades en buscarme más comodidad,—contestó el joven sentándose en un sillón.

—Puede usted estar con toda la confianza cual si estuviera en su propia casa; pues ya le he dicho anteriormente que cuente conmigo en todo y para todo,—dijo el rey con desenvoltura.

Anunciada la hora de la comida, y después de haber tenido una larga conversación sobre lo del día anterior, pasaron al salón donde estaba preparado el banquete; pero como Pierres no quitaba la vista á la hermosa princesa, tropezó varias veces con algunos objetos, llamando la atención de las reales personas.

Sentados en la mesa, empezaron á comer con bastante apetito, no haciendo lo propio Pierres por alimentarle más el ver á Magalona, hasta que observado por el rey, le dijo:

—Siento infinito que no os agraden los manjares que hay en la mesa, y sería de mi mayor gusto que con toda franqueza me lo dijerais para serviros otros que os satisficieran.

—Todos son de mi agrado; lo único que hay sobre el particular es, que cómo muy poco y bastante despacio.

—Bien, pues prisa no tenemos; de modo, que puede usted comer como mejor le plazca. Y ya que tan despacio estamos, me va usted á dispensar que me permita la libertad de preguntarle de qué clase sois y de qué nación.

—Yo, señor, soy francés, que he venido en busca de aventuras; un sencillo caballero que ando por el mundo sin fijo derrotero,—contestó el provenzano, tratando de disimular todo lo posible.

No pudo dar crédito el rey á la revelación que le hizo, á juzgar por su

posición; pero haciéndose el indolente, en secreto mandó á su mayordomo que averiguara quién era, de qué familia procedía y por qué causa se encontraba en aquellos dominios.

Terminada la comida, sin hablar una palabra más, el rey dispuso que se celebrara el sarao que ya había dispuesto de antemano, y en el cual bailaron Magalona y Pierres.

Atónito quedó éste al oír que Magalona le ofrecía sitio y ocasión para poder hablar largamente. Desde que oyó esta declaración ya no estaba tranquilo deseando por momentos que terminara el baile.

En efecto, concluido éste, se retiraron los convidados á sus casas, las personas reales á su aposento, y el provenzano á la fonda donde residía.

Pasados cuatro días de haber tenido la entrevista, recibió éste una misiva que decía:

«Para un asunto muy urgente deseo ver á usted esta noche á las doce por la puerta falsa del jardín; la dadora de este billete es una persona de toda mi confianza, á quien podéis comunicar todo cuanto se os ofrezca y parezca sobre el particular. Debéis dar crédito á lo que os manifiesto, pues á nadie más que á ella se le puede confiar una cosa de tan graves consecuencias como ésta. Espero impaciente la contestación, sea cual fuere.

MAGALONA.»

Leída que fué la carta, entregó á la dama portadora una magnífica sortija de brillantes en recompensa del servicio que le prestaba, y diciéndola al propio tiempo que no faltaría á la hora que le indicaba.

Antes de la hora en que había sido citado se presentó en la puerta del jardín donde ya le esperaba la dama que conocía el secreto, y la que acompañó al joven en cuestión hasta una fuente donde ya esperaba Magalona. Al llegar éste, se sentaron en uno de los bancos que había á su alrededor, encontrando á su amada con un semblante que revelaba el placer, y diciéndole en tono de dulce reconvención:

—¡Ingrato! ¡Cuatro días sin verme, que para mí han sido cuatro siglos de agonía! ¡Oh! Si sigues así, amor mío, un día que vengas á verme te encontrarás con mi cadáver.

Los ojos de la joven se arrasaron de lágrimas, y Pierres, enjugándoselas con un pañuelo, la dijo:

—¡Calla, Magalona, amor mío, que por cada preciosa lágrima que derraman tus ojos, brota una gota de sangre de mi lacerado corazón! Calla por Dios, por que al verte llorar por mi amor, sufro como un condenado, al mismo tiempo que gozo de un placer celestial.

—¿Dónde has estado?

—Ocupado en mis negocios.

—No creas que te he preguntado por satisfacer mi femenil curiosidad; pero debes comprender que te amo y es lo bastante para que me interese por tu ausencia.

—Cuando llegues á comprender que te idolatro, entonces ya no tendrás sospechas de mí.

—No lo puedo asegurar, bien mío, pues desde que te conozco, pienso en las causas que pueden obligarte á estar separado de mí por amor á otra mujer más hermosa que yo.

—¿Luego tienes celos?—preguntó el provenzano á su amada.

—Algunas veces, sí.

—¡Ah, Magalona!—dijo el joven con voz dulce y apasionada, estrechando á la virgen contra su corazón.—¡Flor de primavera, cuyos perfumes he tenido la dicha de aspirar! ¿Cómo, siendo tú mi vida, mi esperanza, el faro que guía mis pasos en este mundo llevándome á puerto de salvación, al verme correr, no sé si perdido, pero sí arrastrado; cómo siendo tú el asilo donde pienso retirarme un día para pasar el resto de mi vida tranquilo, gozando de tu amor y de tus encantos, podría olvidarme de tí ni un solo instante para pensar en el amor de otra mujer? No, Magalona, yo no amo más mujer que á mi madre como tal, y á tí porque tu amor es mi vida, y sin él me sería indiferente la muerte. ¡Ah! cuán dichoso me consideraré el día que lejos de esta tierra pueda dedicar todas las horas de mi vida á adorarte y hacer tu felicidad. El hombre que desde que te vió no tiene otros pensamientos, dime si es que te ama.

—Te creo, sí, te creo; y cuando, como ahora, logro ahuyentar la duda de mi corazón, soy tan feliz, que estoy segura de que no hay en el mundo otra mujer más dichosa que yo. Y dime, ¿podré saber cuándo tendrán término mis afanes? ¿Quién amándose como nosotros nos amamos, impide que llegue el día de nuestra felicidad?

—En este momento no puedo decírtelo.

—Si no te explicas con más claridad, no puedo entenderte.

—Día llegará en que lo sabrás.

Los dos amantes guardaron silencio algunos momentos y Magalona al fijar los ojos en su amado, notó que su frente estaba surcada por una nube, cual si un recuerdo penoso ó un funesto pensamiento le ocupase. Magalona, tomando una mano de su amante entre las suyas delicadas le dijo con tono dulce, pero que debía herir su corazón:

—¡

para qu

pero m

sufro lo

samo c

Lo

el exigi

pararse

—¿

llido, tu

—S

corazón

profesió

des el s

—¿

—S

—¿

—N

—F

y en tu

más de

amor.

Her

la de su

para qu

A p

des y r

pestaña

delicad

cuidada

interes

un hon

Diri

gando e

enam

De

quiso p

á expli

—¡Cuánto daría yo porque tuvieses bastante confianza con mi amor para que le hicieras depositario de tus secretos! Yo bien sé que padeces; pero me es imposible de todo punto adivinar la causa de tus pesares y sufro lo que no puedes imaginarte, por no derramar sobre ellos un bálsamo consolador.

Lo que á Pierres ocupaba la mente, eran las palabras de sus padres, el exigirle la vuelta tan pronto como terminara el negocio que le hizo separarse de su lado.

—¿Si yo me atreviese á preguntarte, —dijo Magalona, —cuál es tu apellido, tu situación, tus ocupaciones y el estado de tu familia, me lo dirías?

—Sí, vida mía, sólo á tí te vendo el secreto que espero guardes en tu corazón. Soy hijo del conde Santa Coloma, nacido en Provenza, y mi profesión abogado. Esta declaración te la hago á tí sola, esperando guardes el secreto que ya por segunda vez te suplico.

—¿Luego has engañado á mi padre?

—Sí, —dijo el joven bajando la cabeza.

—¿Acaso no es la política la que te obliga á ocultar tu nombre?

—No, nunca fuí político; es porque no me conozcan.

—Hasta ahora te he juzgado bueno y honrado; porque en tus ojos y en tu rostro se revela la bondad de tu alma; pero aunque fueras el ser más desgraciado de la tierra no dejaría de consagrarte mi vida y mi amor.

Hermosa y gentil era la presencia de Magalona; pero no lo era menos la de su amante que vamos á describir antes de pasar más adelante, para que comprenda el lector que debían ser el uno para el otro.

A pesar de que la estatura no era colosal, tenía los ojos negros, grandes y rasgados, llenos de bondad y de ternura, adornados con largas pestañas negras y sedosas cejas; su frente espaciosa, su cutis blanco y delicado, sus cabellos negros y rizados, su cara redonda y perfectamente cuidada, y su musculatura varonil le hacían parecer tan bello y tan interesante á los ojos de Magalona, que para ella no había en el mundo un hombre que pudiera igualarle.

Dirigiéndose palabras amorosas, pasaron el resto de la noche, entregando el joven á su amada un anillo de brillantes, y ésta una cadena á su enamorado, como recíproca prueba del amor que se profesaban.

De esta suerte siguieron viéndose y hablándose, hasta que la fortuna quiso privarles por algún tiempo de la felicidad que gozaban, como vamos á explicar á continuación.

CAPITULO IV

En esta época se encontraba en Suecia un conde, rico excesivamente, conocido por Roberto Fréire, que adoraba con extremo á la hermosa Magalona; pero cansado de dirigirla frases amorosas y todas las finezas que al efecto apetecía para de este modo obligarla con su esfuerzo y valentía á que aceptara su amor, se presentó al rey suplicando le concediese unas nuevas justas por no haber podido asistir á las anteriores á consecuencia de estar ausente, y le rogaba con sumo interés señalara el día y hora en que se llevarían á efecto.

Como mediaba la circunstancia de que el rey le hacía alguna distinción, le concedió lo que pedía á la mayor brevedad; pero sin llegar á comprender los motivos que le impulsaban para tal petición.

Hizo tal confianza el rey con el esforzado Pierres, que habiéndole nombrado su privado y ocupándole continuamente en todos los asuntos de su confianza, le llamó para que ajustara los partidos y dictara las condiciones en que habían de efectuar unas justas que éste había dispuesto á petición de un título.

No era de mucho agrado para el joven tal destino: primero, porque le privaba de poder ver á su amada reservadamente, y segundo, porque era ponerse en evidencia con los mantenedores y podría traerle disgustos.

El mismo día en que terminaba el plazo para la lucha, se presentaron varios caballeros y príncipes de diferentes naciones, y entre ellos un tío de Pierres, que sin saber estaba allí deseaba encontrarse en el torneo.

Todo dispuesto como en el anterior, fueron presentándose los caballeros en la plaza y ocupando los puestos que cada cual debía tener.

Nada llamó la atención de los espectadores; pero al ver á Pierres que era el último de los que se presentaron en la plaza, con un precioso traje y brillantes armas, acompañado de sus criados ricamente vestidos como él, y de sus mejores caballos, todo fué un entusiasmo.

Colocados cada uno en sus puestos y todo ya dispuesto para comenzar, hizo el rey la señal de combate. Magalona que no quitaba la vista de su amante, decía en voz baja: «No se qué me pasa; pero presiento que este torneo ha sido pedido por Fréire con idea de desafiar á mi amante y darle muerte para conseguir mi mano; pero de ningún modo accederé á ello si así fuese, y aunque mi padre empeñara su palabra, le juro mi amor hasta la muerte, y ó soy de Pierres ó no lo soy de nadie.»

Hecha la señal de empezar el torneo, se presentó en la plaza Roberto Fréire, diciendo.

—Si entre los que vienen dispuestos á la pelea, hay alguno que se crea con suficiente valor para ponerse en mi presencia, aquí le espero, rogándole lo haga pronto para concluir antes.

Varios fueron los que intentaron presentarse, y entre ellos se precipitó don Enrique de Canturia, cuyo corazón le engañó por aquel entonces, pues no fué tan pronto en medio de la plaza, como atravesado su pecho con la lanza de Fréire, quedando muerto en el acto. Sin perder un instante, se lanzó á la pelea don Lanzarote de Valois, quien derribando á Fréire de su caballo por haber tropezado éste, quiso traidoramente herirle. Pierres, que observó la mala fe de Valois, se presentó en medio de la plaza para hacerle saber las condiciones reglamentarias, sin ser escuchado por éste y con toda furia acometido. En el primer encuentro que tuvieron Pierres y Valois, saltaron de los caballos, y el rey que comprendió no era la culpa de ellos, dispuso que pié á tierra se disputaran para no tener por óbice la debilidad de los alazanes. Largo rato estuvieron batiéndose sin saber cuál de los dos llevaba la ventaja. Cansado Pierres de ver que nada conseguía y que el valor de su contrario era ilimitado, empuñó la lanza con tal fuerza, que le acometió al competidor hiriéndole gravemente en un muslo, y casi desangrado cayó en tierra.

Grata satisfacción fué para Magalona el ver caer á Lanzarote, pues estaba con el alma destrozada esperando que su amante tuviera fatal desenlace, sabiendo que Valois era un esforzado caballero, y por otra parte tenía la traición por recurso cuando veía dificultad en la lucha.

En el momento de quedar fuera de combate el esforzado Valois, se presentó en contra de Pierres su tío don Jaime, á quien éste conoció enseguida, y volviéndose de espaldas dijo á uno de sus criados:

—Sin deteneros un instante, manifestar á ese caballero que no acepto el desafío con él, por ser una persona á quien debo muchos respetos, que si no se conforma con esta declaración, no tengo ningún reparo en presentarme al rey y en alta voz decir que es más diestro en el manejo del arma que yo, más valiente y más caballero.

No tardó un minuto el criado en comunicar á don Jaime la noticia de su sobrino, contestándole:

—Comunicar á ese joven de mi parte, que nada tiene que ver los favores que yo le haya podido hacer para que ahora se presente á combate; que decir soy más caballero que él sin acreditarlo, es más ultraje que

honor; por tanto, si no se defiende como hombre, le mataré como fiera.

Dicho esto, se lanzó al combate, pero el joven levantó su lanza y no le quiso herir, guardándose del certero golpe que podría darle su tío.

El rey, que nada tenía de torpe, pudo comprender que Pierres no quería luchar con el nuevo personaje, tal vez por asuntos de mucho interés y dió orden para que don Enrique se retirase de la plaza.

Terminado el torneo, mandó el rey que á voz de pregonero se publicara que había ganado el premio el valiente Pierres, cuya noticia fué esparcida por todas partes, causando el terror de todos la fama justamente adquirida por el poderoso provenzano. Esta noticia hizo concebir al joven la idea de conseguir la mano de su deseada princesa. Como nadie más que Magalona sabía quién era, de dónde procedía y por qué se encontraba en Suecia, todos los caballeros estaban deseosos de saber quién podía ser el conocido únicamente por el de las llaves doradas.

Toda la familia real se dirigió á palacio, siendo la conversación de éstos, la destreza y valentía del héroe, con quien nadie podía competir. Enamorado el rey cada vez más de su valor, no sabía qué hacer para agradarle y pensó invitarle á comer para gozar de su presencia que tan grata le era.

Sin esperar á que se presentara en palacio como todos los días debía hacerlo para dar cuenta al rey de sus asuntos en gestión, éste le mandó un propio para que se presentara á la hora de comer.

Imposible es comprender la alegría que tenía la princesa con todo lo que pasaba, á juzgar lo mucho que le amaba y el deseo que tenía de estar á su lado, aunque no pudiera hablar detenidamente con él.

Una vez que fué presentado en la sala de visitas, no pudo por menos el rey de decirle:

—Tengo una viva satisfacción de alegría al contemplar vuestro valor y bizarría que siempre manifestáis; os doy mi más satisfactoria enhorabuena, noble campeón, y desde hoy tendréis todas las consideraciones y respetos que debo daros por haberos hecho acreedor, siendo el mejor caballero de todos los que se han presentado en las justas.

Cualquiera que en aquel momento hubiera observado á Magalona, comprendería que una fiebre cerebral estaba próxima, por los colores sonrosados que aparecieron en sus mejillas al escuchar los elogios que las palabras de su padre hacían á su amante.

CAPÍTULO V

Tranquilos por haberse terminado la agitación que proporcionan los torneos, tuvieron ocasión de poderse ver los enamorados en el mismo sitio que antes lo hacían. Avisado éste por la princesa que le esperaba, no tardó en presentarse con la ayuda de la dama que le servía de guía.

—Veo con sumo agrado—dijo la princesa—que no me he engañado con todo cuanto creí y por cuyas razones te doy mi parabién por los infinitos méritos que has contraído para conmigo.

—Querida princesa,—contestó el joven,—todo lo que he podido hacer ha sido debido á vuestra hermosura y no á la fuerza de mi brazo.

En amena conversación pasaron el resto de la noche, hasta que al despedirse la dijo el provenzano:

—Tengo forzosamente que ausentarme de esta ciudad por algún tiempo, á causa de tener que ver á mis padres para no llamar la atención por mi larga ausencia de su lado; no tardaré en volver y espero que me conservarás el amor que me juraste. Ya te he jurado que mi muerte será la única separación de tu lado, pero ahora debo decírte, que si en algo estimas á tus padres, debes concederme el que yo vea á los míos.

Atónita quedó la princesa al oír las palabras de su amante, y por breves momentos tuvo una continua lucha dentro de su corazón, al comprender la justa causa que le motivaba su despedida y el sentimiento que la causaba quedarse sola sin su compañía. Si se marcha—decía entre sí—tal vez no vuelva á causa de no consentirlo sus padres. Si se queda, pesará sobre mi conciencia que le nieguen éstos su enlace conmigo. ¿Qué es lo que debo hacer en este caso, corazón mío? Nada, nada, lo que debo hacer ya lo se.—Y cogiéndole una mano, le dice:

—Pierres, estoy conforme, pero con una condición.

—Dí la que sea, que ya puedes contar que está concedida.

—Que me llesves á mí contigo.

—¿Que te lleve también á tí? ¿Qué es lo que has dicho?

—Sí, que me llesves; no porque yo haga desconfianza de tí, no, eso jamás; pero sí porque mi padre quiere casarme con una persona que yo aborrezco, y si se empeña en ello me haría infeliz para toda mi vida.

—¿Y cómo no me lo has dicho antes, para haber puesto remedio?

—No quería darte un mal rato.

—Nunca creí merecer tanto honor; pero ya que estás dispuesta á seguirme, te doy mi palabra de caballero que serás respetada en todo y

por todo hasta llegar á mis dominios, en donde nos podremos casar, y entonces tu padre no podrá darte el esposo que no deseáis.

Ya empezaba á rayar el alba y los dos amantes se despidieron, quedando en verse al día siguiente para tratar más despacio de su partida.

Llegada la noche hizo todos los preparativos para la jornada, y á la misma hora que siempre tenía por costumbre se presentó en el jardín, y quedando sorprendido al ver que estaba la puerta cerrada, exclamó:

—¿Qué será esto, Dios mío, siempre ha estado abierta esta puerta, y ahora, que es cuando más la necesito, está cerrada? ¿Si habrá sospechado el rey alguna cosa? ¡Adiós, ilusiones vanas, adiós, Magalona, ya no te volveré á ver; pero Dios sabe que no es mía la culpa! Si tu padre ha sido la causa, yo pondré los medios para verte; si has sido tú que me has engañado, lo que nunca llegaré á creer, Dios te lo demande.

Ya se disponía á retirarse, cuando de repente se abrió una ventana del jardín donde estaba el amante, y se presenta Magalona, diciendo:

—¿Eres tú?

—Yo soy, bien mío. Ya estaba formando conjeturas tristes.

—Nada temas; mira, dame la mano para poder bajar.

Pierres se aproximó, la bajó de la ventana y colocó en uno de los caballos que tenía preparados al efecto, partiendo con tal celeridad, que al amanecer llevaban corridas doce leguas.

Al sentirse algo fatigada del galope del caballo, Magalona le pidió que se bajaran á descansar un poco.

—Lo que tú quieras—contestó el joven.

Se internaron en un espeso monte para no ser vistos, y allí continuaron hasta la noche, que siguieron su marcha.

Dejemos á los amantes en su precipitada fuga, y vamos á ocuparnos de lo que ocurrió en palacio al notar la falta de la princesa.

Llegada la hora que tenía por costumbre de presentarse en su tocador, y no compareciendo, la dama que estaba á su cuidado comenzó á buscarla por todas partes, y después de haber hecho todas las pesquisas, se presentó al rey llorando amargamente, y le dijo:

—Señor, sepa V. M. que Magalona no se encuentra en palacio, y presumo que se haya fugado por una ventana que está abierta encima de la puerta del jardín.

Salió el rey á recorrer todo palacio lleno de cólera, y convencido de ser cierto lo que le anunciaban, mandó que varios criados salieran en su busca, ofreciendo un premio al que la presentara.

Sin tiempo que perder, se pusieron en marcha varias postas con la orden de detenerla donde la encontraran, lo mismo que á todos los que la acompañaban. Día tras otro corrieron en su busca, pero todo fué inútil; sin poder dar con ella se volvieron á palacio. Entonces volvió el rey á ofrecer mayor cantidad al que descubriera su paradero.

CAPÍTULO VI

Muy satisfechos de haber conseguido su empeño, caminaron los dos tiernos amantes cuatro días consecutivos hasta llegar á una alameda donde trataron de descansar y tomar algún alimento. Viendo Pierres que su amada se encontraba algo rendida á causa del viaje, la dijo:

—Sería muy conveniente que te recostaras un poco para que recobraras las fuerzas perdidas á causa del mucho sueño que tienes, y mientras yo me quedaré contemplando las olas del mar.

—No has pensado mal,—contestó la joven;—voy á descansar, pues me encuentro algo molesta, no solo del viaje, sino de pensar en lo que habrá ocurrido en mi casa cuando hayan notado mi falta.

—No te acuerdes de eso, que ya llegará el día en que todo se arreglará.

Al concluir de decir estas palabras, tendió su capa encima de unas matas, donde Magalona se recostó, después de quitarse una cinta que llevaba al cuello con los tres anillos que su amante la regaló al emprender el viaje y dejarla encima de una piedra grande que había próxima. Profundamente dormida, la contemplaba Pierres, diciendo:

—¡Qué hermosa es! ¡Desgraciados padres, cuando hayan descubierto la falta de su hijo! Mas ya los calmaré, pues una vez que sepan de qué linaje procedo, no se negarán á dármele por esposa.

Estando pensando de esta manera para hacer la felicidad de su adoptada, observó que una ave de rapiña cogió la cinta que contenía los tres anillos que los padres de éste le regalaron cuando salió de su casa, y se la llevó, tal vez creyendo que era carne por ser de color encarnado.

Cierta fué la creencia de Pierres, pues al notar que no era sustancia alimenticia, la arrojó de las uñas y cayó al mar. Al verla el joven se echó a nadar para recuperarla; pero con tan mala suerte, que cada vez se alejaba más á causa del fuerte aire que soplaba, y volviendo á la orilla, se metió en una lancha pescadora para poder darla alcance con más facilidad. Haciendo estuertos inauditos, se internó de tal manera en el mar, que perdió de vista la playa, y lo que es peor, la cinta y su amada.

Tal era la angustia que se apoderó del valeroso joven en aquel mo-

mento, que creyó volverse loco de la pena que le agobiaba. Por un lado, pensaba en su adorada Magalona a quien ya no creía volver á ver más por haber perdido el rumbo que le hizo alejarse; por otro, lo que pudiera ocurrir á ésta en aquel sitio tan retirado; por otro, qué diría de los ofrecimientos que éste la hizo y de las promesas que cruzaron entre ambos; y por último, qué disculpa daría á sus padres de la falta de los anillos. Todo esto lo pensaba á un tiempo y su cabeza se trastornaba por momentos.

Consternado en un frenético delirio, no se daba cuenta ni de sí mismo, hasta el extremo de no saber qué hacer ni dónde ir, abandonándose por completo en los brazos de la fuerte borrasca que se levantó en el mar.

En este triste y desesperado estado se hallaba, esperando de un momento á otro quedar sepultado en el agua, al ver que la barquilla estaba destrozada, cuando quiso la Providencia que un barco moruno atravesara aquellas aguas y se apoderara del desgraciado tripulante que estaba sin conocimiento. Después de prestados los auxilios de la ciencia médica, pudo volver en sí al poco tiempo. Siguió el barco su dirección, que lo era á Constantinopla, y una vez allí, presentaron al rey el fugitivo.

—Buena figura, arrogante presencia,—dijo el gran sultán.—Desde este momento, te nombro paje á mi servicio y tendrás cuanto deseas.

—Gracias, gracias, gran sultán,—dijo el provenzano.

No era del agrado de éste el aceptar aquel cargo, pero encontrándose en aquella precaria situación, no tuvo más remedio que hacer todo lo que pudo para agradarle. En efecto, tan bueno era su comportamiento, que cada día le tenía más cariño el sultán y no se hacía nada en palacio que Pierres no diera su aprobación, ni nadie conseguía nada sin éste pedirlo para sí. Infinitas eran las distinciones que recibía, no solo del sultán, sino de todo el mundo; pero esto no bastaba para disuadirle de la idea que le tenía ensimismado, pensando día y noche en la suerte que pudiera caber á Magalona. De día, parecía que la tenía presente, y de noche, soñaba que le buscaba por aquellos montes sin auxilio de nadie. Muchas de las veces que hablaba con el sultán, se recordaba de su desgraciada princesa y hacía algún movimiento extraño, pero lo suficiente para llamar la atención á cualquiera. Uno de los días que fué llamado por el sultán para asuntos de éste, notó que se estremecía, y como de lo que trataban no era para hacer tal demostración, le dijo con acento dulce

—¿Qué tenéis? ¿Estáis enfermo? He notado con disgusto que algunas veces os estremecéis como si alguna pena ocupara vuestra mente; dídme el motivo, pues ya sabéis que deseo consolaros.

—Nada me ocurre por ahora— contestó Pierres, demostrando alegría;—estos movimientos son desde la niñez, á causa de un susto que recibí al caer de una ventana al patio de la casa en que habitaba.

—Qué desgracia, hombre!—prorrumpió el sultán en tono lastimero.

Querido y apreciado de todos vivió próximamente cuatro años, hasta que aprovechando la ocasión de que el sultán daba algunas gracias á sus vasallos, en conmemoración de ser los días de su nueva esposa, se arrodilló á sus pies y con los brazos cruzados, exclamó:

—Gran señor, durante los cuatro años que estoy á vuestro servicio, no he cesado de recibir infinitos favores, por lo que estoy agradecido, y más, al comprender que siendo extranjero, me habéis hecho las más distinguidas lisonjas y colmado de todos los beneficios sin conocerme...

Sin dejarle concluir, le dijo el sultán:

—Solicita lo que quieras, que todo lo tienes concedido, sea lo que fuere, pues todo lo que hasta ahora te he dado, te lo has merecido.

Muy contento el joven al ver el concepto que había merecido á su señor, prosiguió su petición, diciendo:

—Confiado en vuestra palabra, lo único que os pido es que me deis licencia para ver á mis padres, que ha muchos años no he tenido el gusto de verlos.

Atónito se quedó el sultán, sin saber qué contestar por la duda en que se hallaba, y después de transcurridos algunos segundos, dijo:

—Ni por lo más remoto podía yo figurarme lo que me ibas á pedir; pero como ya te dí mi palabra de concedértelo, no quiero volverme atrás. Ahora bien; en la confianza de que has de volver lo más pronto que posible te sea, autorizo tu marcha, esperando que como buen caballero no me has de engañar.

Altamente agradecido, le dió las infinitas y expresivas muestras de su mejor atención al sultán, besándole repetidas veces los pies y saliendo dispuesto á partir. Al retirarse de la presencia de éste, decía para sí: Sentí que la sangre se me trocaba en hielo, los cabellos se me ponían de punta y por ligero rato estuve sin respiración, creyendo que me negaba la licencia para retirarme. Mas ahora que ya estoy libre, me parece que tarde será cuando me vuelva á ver por su palacio.

Inmediatamente metió en barriles las alhajas que el sultán le regaló y haciéndose cargo del dinero que también le había entregado, se dirigió á un buque provenzano, donde se embarcó y dió principio á su viaje marítimo.

Mientras va dando botes en el agua, cruzando el penoso golfo del Mar Negro, nos ocuparemos de la desgraciada princesa.

CAPITULO V

Dos horas próximamente haría que Magalona se hallaba en un profundo sueño, cuando después de un bostezo despertó, y pasándose la mano por los ojos llamó á su amante. Al notar la falta de éste, y creyendo sin duda tal vez se hubiera retirado para algún asunto propio de la naturaleza, quedó algún tanto tranquila; mas observando que pasaba el tiempo que para tales causas pudiera necesitar, exclamó con voz tierna y cariñosa:

—¡Pierres, Pierres mío! ¿No me oyes; dónde estás que no te veo?

Al no recibir contestación á sus interrogadoras palabras, se puso de pie y llorando amargamente le volvió á llamar.

¡Pierres! ¿no me oyes? ¿Por qué no vienes donde estoy? Nada, nada, no está aquí,—exclamaba llorando amargamente.

Dicho esto cayó en el suelo con un fuerte desmayo que la privó por algunos instantes del sentido, y después que volvió en sí, prorrumpió en llanto angustioso:

—¿Qué te he hecho yo para que me abandones así; qué delito cometi, Dios mío, para que me hayas despreciado? ¿Dónde están aquellos juramentos que me hiciste de no olvidarme y me abandonas en este sitio sin amparo de nadie? ¡Pero no, bien mío, no puedo creer que seas el autor de este crimen, no has sido tú; la Providencia me indica que algún malhechor te ha dado muerte para apartarte de mi lado! Si es que ya no existes, ¿cómo es posible que yo pueda vivir tampoco? Yo te buscaré hasta el fin del mundo, y si á cierto tiempo no te encuentro, entonces sabré lo que debo hacer. Si después de haber desaparecido de mi casa burlando la confianza de mis padres, éstos se enteraran, ¿qué dirían? No quiero ni pensarlo. ¡Qué desgraciada soy, y qué poco tiempo disfruté de tu cariño, amado mío!

En esta situación y sin dejar de llorar, pasó todo el resto del día irorando por dónde había de partir para encontrar á su inolvidable y querido Pierres, hasta que al llegar la noche, y temerosa de que alguna fiera

de las que pasaban por aquel sitio diera fin de su persona, se subió á un árbol donde estuvo oculta toda la noche, pero sin descansar por el mismo miedo que la causaba verse devorada antes de conocer la suerte del que tanto amaba, y á quien creía inocente de aquel abandono.

Ya de día claro bajó del árbol que la sirvió de refugio, y mirando á su frente una senda, se dirigió por ella sin saber donde iría á parar. Cuál fué su sorpresa al divisar una joven peregrina á quien llamó y dijo:

—Dispensadme la molestia que pueda proporcionaros en este momento al preguntaros dónde va este camino á parar.

Confusa quedó la joven peregrina del encuentro, sin embargo repuso:

—Este camino va derecho á Roma, y si queréis que os acompañe, por más que no saliéndose de él no tiene pérdida, puedo hacerlo sin que sea para mí ninguna molestia.

—Gracias, joven; lo que si os agradecería infinitamente es, que si no halláis inconveniente en ello, cambiéis vuestro vestido por el mío, por serme de imperiosa necesidad llegar allí sin que me conozcan.

Compadecida la peregrina fué tan bondadosa, que no se hizo esperar, y con la mayor prontitud llenó el objeto deseado, diciendo:

—Tomad, señora, lo que me pedís, no necesito que me déis explicaciones del por qué, pues considero que cosas de gran importancia os obligan á guardar el secreto de vuestra humilde persona; id con Dios, y que os salga lo que váis á emprender de la manera que lo deseáis.

Dicho esto se despidieron, y Magalona emprendió su viaje, en el que tardó quince días, llegando á la ciudad y dirigiéndose sin descanso al Vaticano. Después de hacer fervorosa oración á San Pedro, pidiendo por la vida de Pierres, anduvo paseando por la ciudad para preguntar á todos los circunstantes por su amante; pero pasados ocho días y no habiendo adquirido noticia alguna, determinó embarcarse en un buque que partía para Provenza, por ver si allí podía adquirir algunas noticias favorables. Con tal acierto llegó al embarcadero, que aquel mismo día levaron anclas y emprendió el viaje al punto mencionado.

A causa del mal temporal que les hizo, tardaron veinte días en llegar al puerto de Provenza. Una vez en tierra firme, caminaba por la ciudad pidiendo limosna como peregrina, hasta que una señora la recogió en su casa, donde pudo en breve tiempo conocer las costumbres y usos de aquel país y la estancia en el mismo de los padres de su amante.

Indirectamente, para no ser conocida, hizo algunas preguntas á la caritativa señora que se referían á los condes, padres de su amante.

—Aquí viven,—dijo la señora,—y por cierto muy disgustados, lo mismo ellos que todos los de la casa, porque el único hijo que tienen hace tiempo salió, so pretexto de no se qué, y no han vuelto á tener noticia de su paradero. Lo que sí debo decir, es que si tarda mucho será muy posible que cause la muerte de sus padres.

Esta noticia fué un rayo de luz para Magalona y una esperanza que aliviaba en un todo su pesar, pues al tener allí á sus padres y queriéndolos como lo había dicho, tenía que volver allí, á no ser que algún acontecimiento extraño se lo privara. De cualquier modo, sabría su paradero bueno ó malo, puesto que sus padres se cuidarían de averiguarlo.

—Gracias á Dios que he llegado al puerto de salvación donde descubriré las causas que han motivado nuestra separación, y para poder llevarlo á efecto, me pondré á servir en el hospital.

Entre las muchas personas que iban á visitar á la nueva hermana de la Caridad, lo fueron también los padres de Pierres, rogándola intercediera al Supremo Redentor porque les devolviera su hijo que tanto tiempo los privaba de su lado. Magalona les ofreció de su parte todo lo que pudiera y con estos ofrecimientos se despidieron ambos.

Tal fué la afabilidad y el agrado con que Magalona los había tratado, que no pasaba día en que no fuera su futura suegra á verla.

Extraña coincidencia fué un día que estando los pescadores en su faena, sacaron un pez tan grande, que por su rareza de tamaño, determinaron regalarlo al conde. Después de aceptar D. Juan la fineza y haberos hecho un presente de mayor valor que el pescado, mandó que le llevaran á la cocina, donde sería preparado para saborear sus carnes marinas.

—¿Qué es esto, señor?—dijo el cocinero al abrirle y encontrar una cinta encarnada con tres anillos.

—Voy á entregarlos al amo—añadió el cocinero—porque esto tal vez nos dé algún dato que nosotros no sepamos.

Al presentarse á la condesa y entregarla la cinta, cayó en tierra con un fuerte desmayo que estuvo á punto de perder la vida, al conocer que eran los que había entregado á su hijo el día de su despedida, y creyendo que el pescado se le había comido.

Por más esfuerzos que hicieron sus criados para disuadirla de tal idea no fué posible, y de día en día se aumentaba considerablemente su pena. El conde, que lo mismo que su esposa estaba acongojado por la muerte de su hijo, mandó que se le hicieran las honras propias de un difunto, llorando amargamente día y noche.

Para mayor tranquilidad de su alma, se dirigió la condesa al hospital para manifestar á Magalona lo que había sobre el particular, y encomendará á Dios su alma. Enterada la santa y recordando ser los mismos que ella había tenido, procuró disimular cuanto pudo y consolarla diciéndola que no perdiera las esperanzas de verle, puesto que tal vez al ir embarcado se le caería al agua y el pescado los tragara creyendo fuera carne.

Tranquila algún tanto por las esperanzas que Magalona la daba, se retiró la condesa á su palacio, dejándola advertida que rezara continuamente por su alma. Aunque á la santa, y que por tal la tenía todo el mundo, parecía no haberla causado pena tal noticia, estaba tan desconsolada y afligida que perdió hasta el apetito.

Dejémosla sollozando por la nueva desgracia, y pasemos á ocuparnos de lo que sucedió á Pierres en el tiempo que acabamos de reseñar.

CAPÍTULO VIII

Ya hemos dicho en otro capítulo que Pierres se embarcó en un buque con dirección á Provenza; pues bien, continuaremos manifestando que los toneles que llevaba había dicho al capitán eran de sal y fueron conducidos. Concluyéndose el agua que el buque había tenido, dispuso el capitán el arribo á una isla que por allí se hallaba para surtirse del mencionado artículo, y en la cual se bajó el joven por mera curiosidad. Como quiera que éste era muy amante de las flores y allí había precisamente frondosos jardines, se internó de tal manera en ellos, que cuando quiso recordar, el buque había levado el ancla y empezado su derrotero.

—Ahora si que estoy bien, solo y sin tener amparo de nadie. ¡Dios mío,—decía con las rodillas en tierra y los ojos mirando al cielo,—ampáradme en esta triste situación y miradme con ojos de misericordia!

Estando con la cabeza baja y pensando en la muerte, que hallaría próxima á causa de no tener con qué alimentarse, arribar vió otro buque.

—Dios ha oído mis súplicas—decía con risueño carácter.

Llegado por fin á Provenza el buque que conducía el equipaje de Pierres, el capitán mandó llevar al hospital el encargo que para él traía, manifestando ser de un caballero que se había quedado en una isla próxima. Magalona dió infinitas gracias al capitán, y después de despedirse ambos, abrió uno para sacar el artículo que decían traía por precisar en aquella ocasión.

—¡Jesús, María y José!—exclamó Magalona.—Esto dicen que es sal,

pues yo lo que veo aquí son muchas riquezas. Esperaré á que venga su dueño, porque tal vez haya mandado unos por mandar otros.

Al aproximarse el buque á la playa, se dirigió Pierres al capitán diciéndole si podría trasladarle á Provenza, mas contestando que allí se dirigía, se embarcó y rompieron marcha para aquel país. Chocó á este la conversación de los marineros y que se refería á un hospital llamado de San Pedro, en donde había una hermana que hacía poco ingresó en él, ignorando de donde procedía y quiénes eran sus padres. Tal fué la admiración que hacían de la joven, y de tal manera llamaron la atención de Pierres, que ofreció á San Pedro servir un mes gratuitamente en aquel hospital si llegaba con toda felicidad.

Una vez que desembarcó se fué al hospital á cumplir su promesa, pero sin poderlo conseguir, á causa de llegar algo enfermo y tener que hacer cama por algunos días.

Qué desfigurado no estaría el joven en cuestión, cuando Magalona, que era la que le asistía, no le conoció al pronto, aunque estuvo hablando con él repetidas veces. Nada es de extrañar que tampoco éste la conociera, por los sufrimientos que tuvo durante la ausencia de su amante.

No dejó de llamar la atención de Magalona sus continuos suspiros.

—¿Qué os sucede, hermano, por qué suspiráis tanto? Decidme con franqueza qué os ocurre, y si puedo ser os útil en algo, mandad.

—Hermana mía, nada me ocurre por a hora, y en cuanto á mis sufrimientos nada podéis hacer, agradeciéndoois infinito la atención.

—A veces suele encontrarse el remedio donde menos se espera, y aunque no sea así, por lo menos, suele encontrarse algún alivio en los mayores pesares.

Interrogado repetidas veces por la cariñosa enfermera, se decidió por fin á contarla todo lo que le había ocurrido sin citar nombre ni patria.

—No os acongojéis, querido hermano,—le contestó Magalona—tened confianza en Dios que él os traerá á vuestro lado la persona que tanto queréis. En este momento voy á rezar á San Pedro, nuestro patrón, para conseguir lo que deseáis.

Se despidió Magalona ocultando la alegría que había recibido por tan feliz hallazgo, y pasó toda la noche en oración dando gracias á Dios por ver sano y salvo á su amado y querido Pierres.

Apenas empezó á rayar el día, hizo construir ropa como la que ella llevaba cuando salió de su casa, y mandó que se presentara Pierres en el locutorio. Una vez allí le dijo con la mayor ternura:

—¿Qué haríais si se presentara á vos la persona tan querida que os tiene tan preocupado?

—Tal vez quedaría muerto de la impresión que me causaría tal aparición,—contestó éste.

—Pues entonces preparaos á morir, porque tengo la seguridad de que ha de venir á esta casa, y entonces, ¿qué me daréis á mí?

—Señora, soy pobre y no tengo con que pagaros, pero sí quedará en mi corazón grabado este recuerdo y algún día podré recompensarlo.

—Eso es lo que deseaba oiros; ved aquí á vuestra Magalona y prometida esposa,—dijo ésta quitándose el velo que la cubría el rostro.

De la impresión que le causó, quedó aletargado algunos instantes, y vuelto en sí, la cogió las manos, y derramando abundantes lágrimas, comenzó á imprimir en ellas ósculos de amor. Transcurrido el primer momento, uno á otro se refirió todo lo que les ocurrió durante su separación, hasta que, llegada la noche, se retiraron cada uno á su aposento alegres y gozosos de la entrevista.

CAPÍTULO IX Y ÚLTIMO

Al día siguiente, y después de haber tomado el desayuno en amable compañía, le dice Magalona:

—¿Te parece, querido Pierres, que vaya á dar noticia á tus padres de tu llegada?

—Bien quisiera, hermosa mía, pero me lo impide el juramento que hice de servir en este santo hospital un mes en calidad de criado y sin sueldo alguno. Dejaremos pasar el tiempo marcado y después consultaremos el mejor medio de llevarlo á cabo.

Cumplido el plazo, se presentó Magalona en el palacio de la condesa, diciéndola:

—En pago de las muchas visitas que me habéis hecho, vengo á manifestaros mi agradecimiento.

—Mucho será el que tengáis, pero mucho más es el que yo tengo al recibir los consuelos y esperanzas de que por medio de vuestras oraciones he de ver á mi hijo.

—Eso os he prometido y casi os aseguro, pues el corazón me hace presentir que no ha de pasar mucho tiempo sin que le veáis sano y salvo.

De la misma alegría que tenía, no supo ni despedirse de ésta, quedándose como atontada y sin saber qué juzgar de aquella entrevista.

Magalona, muy satisfecha de su cometido, se volvió al hospital para dar cuenta á su amante de lo que había hecho.

—¡Pobre madre, cuántos disgustos te he proporcionado en este mundo!—dijo el joven entre sí; y dirigiéndose á Magalona, añadió:—Me parece bien lo que has hecho; y Dios quiera que mi pobre madre no la cueste la vida.

Tres ó cuatro días pasaron, cuando una tarde se presentaron los condes en el hospital.

—¿A qué debo tanto honor?—dijo Magalona.

—La ruego me dispense si la vengo á estorbar, pero es tal la impaciencia que tengo por la promesa que me habéis hecho últimamente, que dicho sea en verdad, no estoy tranquila hasta que vea el desenlace.

Casualmente era lo que la joven princesa deseaba oír para salir de una vez del obscurantismo en que estaban sumidos, pretestando dar las órdenes para el servicio del hospital, se dirigió á la habitación de Pierres, diciéndole:

—Ha llegado la hora del feliz desenlace; sal á mi lado, porque tus queridos padres te esperan.

Presentáronse los amantes, y postrado de rodillas Pierres les dirigió la palabra en esta forma:

—Perdón, padres de mi alma; sé que habéis sufrido mucho por mí, y con toda mi alma lo siento. Esta joven que véis aquí,—señalando á Magalona—es la mujer á quien tengo empeñada mi palabra de casamiento. Si, como espero, dáis vuestro consentimiento para el feliz enlace, sabed que es hija del rey de Suecia.

Completamente fuera de sí y sin pedir explicación, se abrazaron los padres á los dos amantes, dando desaforados gritos de la alegría que habían recibido, y diciendo momentos después:

—Veo, amantísima joven, que habéis cumplido vuestra palabra, y á quien lo mismo mi esposo que yo os debemos esta felicidad que disfrutamos.

Describir la alegría y lo que pudieron hacer los condes al encontrar á su hijo, es tan imposible, que solo el lector, haciéndose parte integrante de ello, puede decirlo.

Lo que sí podemos asegurar es que fueron tan bien recibidos por los padres de Pierres, que desde el momento en que los reconocieron se los llevaron á su casa, divulgando tan extraño acontecimiento por la ciudad, siendo visitados por la nobleza y celebrando con grande fiesta su llegada.

—Ya que he tenido la dicha de volverte á ver, hijo mío.—dijo el conde,—deseo que minuciosamente me des cuenta de todo lo que te ha ocurrido durante el tiempo que has estado fuera de mi lado.

Lo mismo Magalona que Pierres satisficieron los deseos del conde sin omitir el más pequeño detalle.

Serían las ocho de la noche, poco más ó menos, quince días después del descubrimiento de los amantes, cuando los salones del conde se veían profusamente iluminados y decorados de una manera regia.

Multitud de personas esperaban con impaciencia á que llegase el momento en que tuviese lugar el acto para que habían sido convidados, que era ni más ni menos que el casamiento de Pierres y Magalona.

En todas partes se notaba que la condesa había querido solemnizar el casamiento con un esplendor sin igual; magníficas alfombras, grandes y dorados espejos, candelabros de plata afligranada donde brillaban centenares de luces; preciosos jarrones del Japón llenos de flores, y cuanto la opulencia puede gastar y el refinamiento del lujo ha podido inventar, todo era poco para pintar la riqueza y el buen gusto que había presidido á la decoración de los tres principales salones.

En el primero estaban todos los convidados paseando ó formando grupos, admirando la hermosura de la novia; el segundo tenía una puerta que conducía á la capilla privilegiada para practicar en ella el culto de nuestra Santa Religión, la cual estaba también adornada con riquísimos jarrones de flores y magníficos cuadros de nuestros mejores pintores, cuyos asuntos habían sido tomados de la Biblia; en esta capilla se estaban preparando los sacerdotes para consagrar la unión de los novios, y en el tercer salón, cuya puerta estaba á la derecha, había preparado un abundante y magnífico refresco.

Entre los convidados figuraban las primeras notabilidades de ambos sexos de la corte, grandes de España, títulos de Castilla, que se tropezaban á cada paso con elegantes y hermosas damas lujosamente ataviadas, que vertían amor, no solo por los ojos, sino hasta por los cabellos, en particular aquellas que pasaban de los veinticinco años y aún permanecían forzosamente solteras.

Al presentarse los novios en la capilla para celebrar el acto, se oía por todos los convidados las frases de «¡Qué bonita es, qué encantadora está!»

No se equivocaban al hablar así; pues además de su hermosura, no lo era menos el traje que llevaba de raso blanco labrado y adornado con

una sobrefalda de encaje de Flandes, recogida de trecho en trecho con grandes lazos azules formando pabellones; en el centro de cada lazo brillaba una roseta de diamantes, y en el nacimiento de su virginal pecho, que aunque escotado, estaba pudorosamente oculto con una gasa, ostentaba un lazo mucho mayor que los demás, con una roseta grande de jazmines y diamantes. Sus blondos y espesos cabellos que jugaban sobre su garganta ensortijados rizos, apenas se percibían sobre su frente por estar trenzados con una girdalda de jazmines y diamantes, y á través del velo nupcial y de la gasa, se percibía claramente la mayor blancura de sus torneados hombros y de su espalda artísticamente modelada.

—¿Te parezco bien, papá?—le preguntó Magalona al conde, que ya le daba el nombre de padre.

—Para mí estás más hermosa que un árgel,—exclamó D. Juan,—no sé si estarás lo mismo á los ojos de tu futuro esposo.

En este momento se presentaron los padrinos al tiempo que un criado anunciaba que los sacerdotes esperaban en el altar y todo estaba dispuesto para la ceremonia.

—Cuando ustedes gusten,—dijo Pierres cogiendo del brazo á su futura y rompiendo la marcha seguido de sus padres, padrinos y convidados.

Pocos momentos después se consagró la unión de los dos amantes, y después de refrescar y celebrar la *soirée* que había dispuesto, se fueron retirando los convidados, quedando los novios en casa de los padres, donde vivieron amándose entrañablemente.

Transcurrido el tiempo, dió á luz Magalona un hermoso niño que era el contento de sus abuelos y padres.

Diez años después de su feliz matrimonio, tuvieron la desgracia de perder á los padres de Pierres, quedando por herederos del título y hacienda, viviendo cariñosamente ocupados de la educación de su querido hijo, y esperando la llegada de los padres de Magalona, que muy contentos habían recibido la noticia de su enlace.

FIN DE LA HISTORIA